

Una vida de TEATRO

IVÁN BARLAHAM MONTOKA HA DESTACADO COMO ACTOR, DRAMATURGO, DIRECTOR Y DOCENTE. EL GANADOR DEL PREMIO JORGE ISAAC 2003 Y DEL PREMIO NACIONAL DE DRAMATURGIA DEL FESTIVAL DE TEATRO DE CALI 2006, ES RECONOCIDO POR SU PERSONAJE DE JOVITA. HOMENAJE.

Ricardo Moncada Esquivel,

REDACTOR DE GACETA

FOTOGRAFÍAS: JAMES ARIAS, ÁYMER ÁLVAREZ Y ARCHIVO DE IVÁN MONTOKA.

Hace sólo un mes millares de personas vivaron a Jovita Feijoo durante el Desfile de Carnaval de la Feria de Cali. Subida en una carroza y acompañada de edecanes desfiló orgullosa con cetro y corona para saludar efusiva. Desde luego, no era la verdadera Jovita, aquél inolvidable personaje caleño que tuvo un entierro multitudinario en 1970. Quien la representaba era Iván Barlaham Montoya, un veterano actor y dramaturgo que a lo largo de cuatro décadas de actividades le ha dado vida, no sólo a Jovita, sino a múltiples personajes. En las tablas Montoya ha sido rey, mendigo, muerto, abuela, héroe, aristócrata y hasta venado. Aunque comenzó en el mundo del teatro relativamente tarde, Montoya ha tenido tiempo para desempeñarse con éxito en un gran número de facetas de la expresión escénica.

Como actor ha representado todo tipo de personajes, desde jóvenes casi adolescen-

tes, hasta ancianos de 99 años. Su carrera escénica la inició en tiempos del Teatro Escuela de Cali, en Bellas Artes, entidad donde se formó, y continuó con el TEC, en sus mejores tiempos, el Teatro Popular de Bogotá, Titirindeba y Barco Ebrio, entre otras.

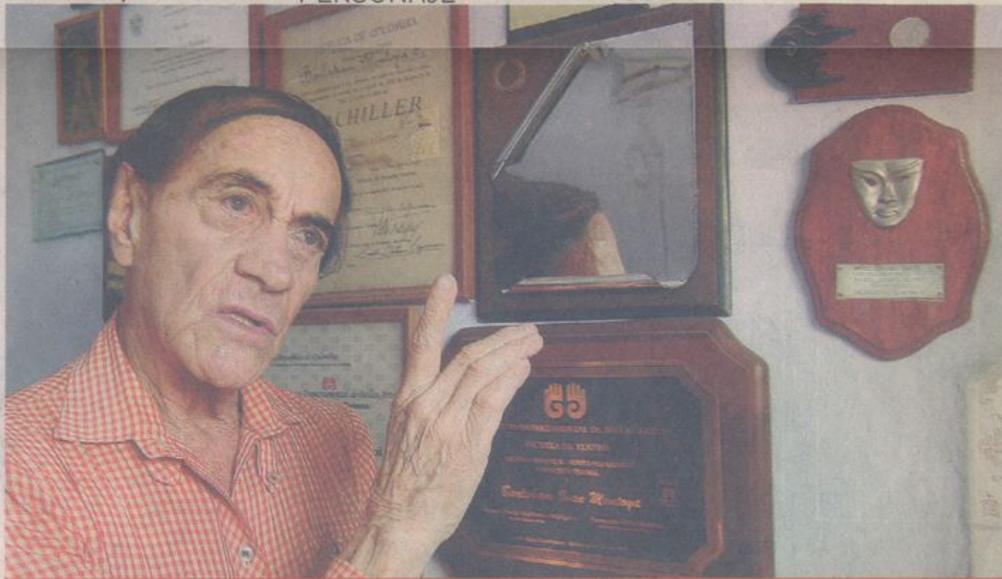
Como dramaturgo apenas sí empezó a darse conocer hace unos cuatro años, aunque ha sido una actividad que desarrolló de forma silenciosa y con sigilo, casi desde sus inicios como actor.

Por su labor ha recibido infinidad de premios y reconocimientos como los de primer actor de reparto por su papel en la obra 'Los papeles del infierno', del TEC, en el Festival del Teatro Colón en Bogotá, en 1967; Premio Jorge Isaacs 2003 en dramaturgia, por la obra 'El brindis' y premio nacional de dramaturgia del Festival de Teatro de Cali 2006.

Aunque que fue engendrado en Quinchía, Montoya nació en 1929 en una gran casona de la hacienda Las Partidas de la Española, en la población de Montenegro, Quindío, un cruce de caminos para que las recuas de mulas y los arrieros llegaran a las poblaciones aledañas. No obstante Montoya creció como un vallecaucano, pues llegó al municipio de Sevilla cuando tenía unos tres años. Allí recibió su formación primaria, en la Escuela de varones y de secundaria en el Colegio Santander, y se nutrió de la cultura paisa que caracteriza esa región.

Sus padres llegaron de Fredonia y se establecieron en Sevilla con sus nueve hijos, todos bautizados con nombres inspirados en la historia y la literatura universal como Karlina, Héctor, Octavio, Eliécer y, naturalmente, Barlaham.

Montoya recuerda sus primeros años de escuela como si fuera un personaje salido de las historias



Sus padres llegaron de Fredonia y se establecieron en Sevilla con sus nueve hijos, todos bautizados con nombres inspirados en la historia y la literatura universal como Karlina, Héctor, Octavio, Eliécer y, naturalmente, Barlaham.

de Chales Dickens o Mark Twain: "Un muchacho de pantalones cortos, sin zapatos sino a pata limpia, como Peralta en 'A la diestra de Dios padre'", agregó.

Ya de pequeño era reconocido por su talento para el canto y el baile, por lo cual era invitado a participar en las veladas artísticas y religiosas. Fascinado por el cine, soñaba con ser un actor como Fred Astaire ó Charles Chaplin, pues tenía ese espíritu de actor, bailarín y cómico.

Su familia llegó a Cali en la década del 50 huyendo de la violencia, y fue en esta ciudad donde Montoya comenzó su formación y el desarrollo de su carrera actoral.

Tal vez por estar sobre las tablas por más de cuatro décadas, Montoya se expresa con aire dramático, sus gestos elocuentes y la entonación revelan un ser que ha vivido y respirado el mundo teatral. Con 78 años acuestas el maestro Iván Montoya se asemeja a un Piter Pan, un niño eterno, con su figura menuda y aún vigorosa, y una mente ágil y alerta que le ha permitido mantenerse activo en el escenario, representando complejos personajes. Aunque ha viajado por América, Europa, Asia y África gracias a su arte, es un ser sencillo, que conserva en su mirada la ingenuidad de un montañero, típico de las lomas

del gran Eje Cafetero, pero igual la malicia campesina que sabe quien le quiere y quien le odia. Desde su modesto apartamento en el barrio Alameda, el actor evocó su vida, habló de su ancestro paisa, de sus sentimientos encontrados con Cali, una ciudad de la que dice, lo marginó desde que llegó y los puso al centro de las envidias y las incompreensiones por su origen paisa y su forma de ser, pero también de la que ha recibido el aplauso del público como actor. Pero también habló de los años dorados en el TEC, del extraño origen de sus nombres Iván y Barlaham, y de su visión sobre lo que pasa en el teatro regional.

¿Cuál es el origen de su nombre Barlaham?

Corresponde al nombre del filósofo griego Barlaham Bernardo, un enemigo de la Iglesia Católica. Pero mi padre retomó el nombre por el hijo de un terrateniente de la época llamado Trifón Pizarro. Pero cuando me bautizaron el sacerdote se negó a colocarme el nombre de un enemigo de la Iglesia. Luego de una pelea el cura accedió a ponerme el nombre, pero 17 años después nos dimos cuenta que puso en mi partida de nacimiento el nombre de Abraham de Jesús. Finalmente, logré que se hiciera la corrección la cual quedó con tinta verde. »



En 'Excepto las nubes, infierno' (2006)

Como actor ha representado todo tipo de personajes, desde adolescentes hasta ancianos de 99 años. En las tablas ha sido mendigo, rey, héroe y hasta venado.



Iván Montoya debutó en el teatro con el papel de El Cazador en la obra 'Farsa y justicia del señor corregidor' (1962)



Como Espantapájaros en una obra del TEC.



El leñador en la obra 'Crápula Macula', de Barco Ebrío (1997).

maguense, en un muro escrito todo con tinta negra, yo también me quedé verde. (risas)

¿Y cómo surgió el nombre de Iván?

Cuando ingresé a Bellas Artes a mi carnet de estudiante le pusieron por error el nombre Iván y quise corregirlo. Entonces Fanny Mikey me contó que ella tenía otro nombre, pero se lo había cambiado por el de Fanny por agüero, pues en una ocasión la llamaron por equivocación por ese nombre en una oficina y cuando fue averiguar para qué la necesitaban le comunicaron que le iban a hacer una ascenso. Entonces decidió cambiarse el nombre. Ella me dijo, si crees en agüeros déjate el Iván, y yo acepté.

¿Cómo lo impresionó la llegada a Cali?

Nosotros llegamos al barrio Bretaña y al mes de estar allí mi madre fue golpeada con una piedra en un tobillo. La piedra estaba envuelta con un papel que decía: "Paisas come arepas sin sal, blancos sucios, váyanse de aquí no los queremos tener de vecinos". Me pareció una prueba muy cruel que nos quisieran desterrar, por ser forasteros, por ser paisas.

¿Cómo se decidió por el teatro?

En 1955 hubo una convocatoria

para unas pruebas para actores en el Palacio de Bellas Artes con el director español Cayetano Luca de Tena. Me presenté y fui felicitado y seleccionado, pero no me inscribí por que ese año viajé a Venezuela. Cuando regresé a Cali, por timidez no quise inscribirme, fue entonces cuando conocí a Carlos Sánchez Jaramillo, quien luego fue conocido como Juan Valdez, el personaje de la Federación de Cafeteros.

¿Qué influencia tuvo él para que comenzara sus estudios en Bellas Artes?

El tenía un taller de estampados y yo fui su dependiente, secretario y hombre de confianza. En 1960 él decidió inscribirse en la Escuela de Teatro y de pasó me matriculó a mí de su bolsillo y me presionó asistir a clases. Luego, Carlos se marchó y yo me convertí en un alumno muy piloso aprendiendo al lado de maestros como Enrique Buenaventura, Fanny Mikey, Pedro Martínez, Boris Roth y Alejandro Buenaventura, entre otros.

¿Cuáles fueron sus primeras participaciones teatrales?

Mi debut lo hice con el personaje de El Cazador, el galán de la obra 'Farsa y justicia del señor corregidor', de Alejandro Casona, mi primer director fue Luis Fernando Pérez. Luego vinieron otros mon-



Iván Barlaham Montoya a los 20 años de edad poco antes de llegar a Cali procedente de Sevilla. Ya para entonces mostraba su inclinación hacia el arte.

tajes como 'Papitas fritas con todo', de Arnold Wesker y dirección de Alejandro Buenaventura. Allí hice el papel de Wilfe, un muchacho de 17 años, aunque yo tenía 37. Con la dirección de Pedro Martínez, actué en 'La fierecilla domada', de William Shakespara y en 'Arsénico y encaje antiguo', de Joseph Kesslerling. Allí hice el papel de el señor Whitherspoon, un elegante anciano de 99 años. Entonces era muy interesante poder hacer personajes de muchacho de 17 años o de ancianos y disfrutarlos plenamente en ambos casos.

¿Cómo fue la experiencia con el TEC?

Esa fue la cosecha grande de mi actividad teatral. Con ellos participé en montajes como 'La denuncia', 'Los inocentes' o 'Los papeles del infierno'. Recuerdos nuestra llegada a Roma, para actuar en el teatro El Liceo, cuando nos recibieron con carteles en la calle que decían en italiano, bienvenido a Roma el teatro de Cali, Colombia. Yo me sentía como Espartaco entrando al Coliseo Romano. Lo mismo sucedió en Francia, España o Polonia, California, Centro América y varios países de Suramérica. No obstante, todos esos viajes y esa gloria no defor-

maron mi carácter de ser montañero y sencillo, de esa persona que salió de Sevilla y por eso recuerdo con la misma emoción los aplausos que recibí en las veladas en el colegio Santander.

Pero también vivió conflictos en el TEC

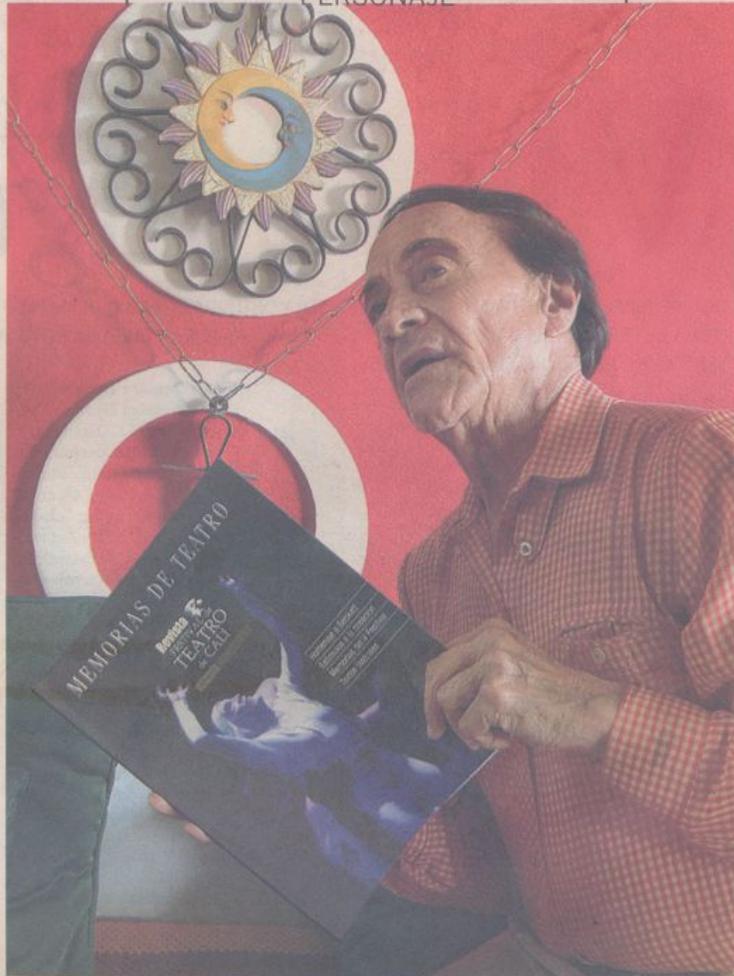
Sí. Hubo confrontaciones y rivalidades que fueron maculando la heralda marcha que el TEC, con Enrique Buenaventura desarrolló por tantos años. Hubo situaciones que me dejaron cicatrices, porque en muchas ocasiones me marginaron. Mis compañeros me trataban de 'paisita', o 'montoyita', me hacían sentir un forastero. De otra parte, los logros personales que obtuve al ganar premios por mi labor actuarial, movían a la burla y la envidia de mis compañeros, quienes me decían con sorna el 'Marlon Brando' colombiano o el 'Premio Oscar'. Pero yo amé el Teatro Escuela de Bellas Artes y amé al TEC, por eso no dejé de sentir gratitud y de rendirle tributo a esas instituciones.

¿Qué montajes en los que participó recuerda por su calidad artística?

Hay muchos, como el montaje que hizo Fernando Vidal de 'La Casa de Bernarda Alba', que marcó un hito al conseguir trasladar la historia original a otro espacio geográfico, como el Eje Cafetero, consiguiendo una obra nueva, pero no diferente. Pero no hubo críticos a la altura de la obra que pudieran calificar esta proeza. También, recuerdo el trabajo de Víctor Hugo Enríquez con la puesta en escena de la obra 'A la Diestra de Dios Padre'. Muchos apegados a la tradición no supieron entender esta versión sobre el tema de 'Seña Ruperta', que narraba los cuentos en los pueblos de Antioquia.

¿Qué significó para usted su etapa como titiritero?

Desde 1988 comencé a trabajar con Ruquita Velásco y el grupo Titirindeba, de Bellas Artes y permanecí con ellos por 13 años. Con los títeres recorrí el país, estuve en Pakistán, Argentina, Cuba, Francia y España. Escribí muchas obras para títeres y compartí con grandes maestros de esta arte como Jorge y Sara Muñoz, Ramiro



Montoya ha obtenido importantes logros como dramaturgo, actividad que desarrolló de forma silenciosa por varios años.

Mosquera, la propia Ruquita Velasco y Ricardo Vivas, tal vez el mejor titiritero que he conocido. Allí llegué a desempeñar hasta seis personajes en una misma obra, todos con distintas voces.

¿Cómo observa el panorama del teatro en la región?

Ahora la mística importa menos que el estudio y la profundización del trabajo teatral y eso me parece bien, pues el teatro no tiene que quedarse estático. Lo que ha sucedido con el teatro regional es que quienes han hecho teatro a lo largo de estos 50 años de historia ahora enfocan las obras no

siguiendo linealmente la manera como los dramaturgos las propusieron, sino pensando en un espectador que es más analítico. Son obras que no tiene ataduras umbilicales con el pasado sino que hay una mirada renovadora sobre los montajes.

¿Qué tipo de teatro no le gusta?

No comparto la visión de mantener un tipo de teatro tradicionalista, que no aportan al desarrollo del espectador. Por ejemplo, no me gusta lo que hacen agrupaciones como El Águila Descalza, pues pretende dejar al público en una especie de niñez. Desde luego, res-

peto los gustos del público, lo que creo es que no debe tenerle miedo a que el teatro rete su intelecto.

¿Desde cuándo comenzó a escribir?

Casi desde que comencé en el teatro. Lo hacía para combatir la soledad. Escribía poesía, cuentos y 'obritas', así en diminutivo, pues no quería darles otro motivo más de burlas. Esos textos se iban deteriorando por la humedad y la polilla. Sólo volvieron a ver la luz nuevamente hace cuatro años cuando un estudiante, Juan Carlos Bravo Díaz, las descubrió y me propuso digitalizarlos. Él fue

como una especie de Max Brod, el amigo editor de Franz Kafka, que rescató sus obras.

¿Cómo se decidió a sacar sus escritos a la luz pública?

Con el apoyo de Ramón Daniel Espinosa, ex rector de Bellas Artes y luego, de Fernando Vidal, decano de la Licenciatura de Teatro, se inició un proyecto para editar cinco tomos con mis obras a través de Bellas Artes. Luego, Juan Carlos, me convenció para que presentara la obra 'El brindis' para el premio Jorge Isaac en dramaturgia 2003 y gané. Y el año pasado obtuve el Premio Nacional de Dramaturgia del Festival de Teatro de Cali. Imagínese, fue una obra que me salió en quince días la terminé, yo mismo la envié y resultó ganadora. Gracias a esos logros me invitaron a ser jurado en un concurso de la Universidad de Antioquia y fui a Bucaramanga donde me rindieron un homenaje y presenté 'El brindis'.

¿Cómo observa a estas nuevas generaciones de actores que está en formación?

Los veo muy avanzados y reconozco que en muchas oportunidades me han ganado la batalla en el escenario. Hace poco uno de mis alumnos estuvo todo el tiempo pendiente de mí para que aprendiera la letra de una obra. Entonces, ese tipo de situaciones los hace sentir actores sólidos que incluso pueden ayudar a un viejo como yo, a aprenderse su papel, no me da temor reconocerlo, pues también lo disfruto.

El fin de años terminó muy bien para usted en lo escénico y dramático

Sí, además del premio nacional de dramaturgia del Festival de Teatro de Cali, tuve la oportunidad de hacer el personaje de 'Scrooge', en la obra 'Una Canción de Navidad', una producción de Fundarboleada con el acompañamiento de la Orquesta Sinfónica Juvenil de Cali, que fue presentada en el Teatro Municipal, con lleno completo los tres días. A eso se sumó la participación como Jovita en el lanzamiento de la Feria de Cali y el desfile de Carnaval que estuvieron espectaculares. Todo eso me tiene en silencio saboreando la gloria |